

LIBERTAD Y PODER EN GREGORIO PECES-BARBA

M^a DEL CARMEN BARRANCO AVILÉS
Universidad Carlos III de Madrid

"El ciudadano es la persona que vive en una sociedad abierta y democrática. En las sociedades cerradas y autoritarias viven súbditos. Acepta los valores, los principios, la dignidad de todos y los derechos humanos, y participa de la vida política y social. Rechaza el odio y la dialéctica amigo-enemigo y se relaciona con los demás desde la amistad cívica. Distingue la ética privada de la pública, que es la propia de la acción política y que fija los objetivos del poder y de su Derecho y la libre acción social. Puede ser creyente o no creyente y defiende la Iglesia libre, separada del Estado libre. Es respetuoso con la ley, tolerante, libre de discrepar desde las reglas de juego de la Constitución y desde la aceptación del principio de las mayorías. La condición de ciudadano se fortalece con la educación y es una responsabilidad central del Estado y de la sociedad"

*G. Peces-Barba, "Perfil del ciudadano",
El País, 21 de octubre de 2006*

1. UN MODELO REPUBLICANO: ¿QUÉ SUPONE EL REPUBLICANISMO?

En trabajos anteriores he defendido la posibilidad de una lectura republicana del sistema constitucional de derechos¹ que se inaugura

¹ BARRANCO AVILÉS, M.C.; "El concepto republicano de libertad y el modelo constitucional de derechos fundamentales", *Anuario de Filosofía del Derecho*, nº XVIII, 2001, pp. 205-226.

en 1978. En este trabajo, que presento como aportación al libro con el que pretendemos homenajear al profesor Peces-Barba, trataré de profundizar en los rasgos de su obra que permiten enmarcarla dentro del republicanismo.

La conexión no deja de tener sentido, dado el importante papel desempeñado por Gregorio Peces-Barba en la elaboración de la Constitución y, más en concreto, del Título Preliminar y del Título I².

El republicanismo de Gregorio Peces-Barba se articula sobre los tres pilares que, en mi opinión, estructuran su Filosofía política y su teoría de los derechos. Por un lado, una antropología optimista, que le lleva a considerar la solidaridad como un atributo del ser humano del que es posible extraer implicaciones políticas. Por otro lado, la idea de que la libertad sólo es posible a través del Derecho, que se plasma en su reivindicación de la 'libertad social, política y jurídica' como el instrumento que permite la plena realización de hombres y mujeres. Por último, su defensa del Estado de Derecho como 'República bien ordenada' en la que la totalidad de la organización político-jurídica se sitúa al servicio de la Dignidad humana. Algunos de estos presupuestos aparecen ya en la publicación que surge de su tesis doctoral³.

En los sucesivos epígrafes, trataré de presentar cada una de estas claves del pensamiento 'pecesbarbiano'. Pero antes, considero necesario introducir algunas reflexiones sobre qué se entiende por republicanismo y cuál es el papel asumido por los republicanos en el debate político contemporáneo.

1.1. Rasgos del republicanismo

En los últimos tiempos ha cobrado fuerza en el panorama político español, tanto teórico como práctico, la reivindicación del republicanismo. Se trata de una antigua tradición política –de la que pueden encontrarse rastros en numerosos autores que han sido usualmente considerados como 'liberales'⁴–, pero que no se recupera hasta los

² Ver, sobre el tema PECES-BARBA, G.; *La elaboración de la Constitución de 1978*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1988.

³ PECES-BARBA, G.; *Persona, sociedad, Estado. Pensamiento social y político de Maritain*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1972.

⁴ RUIZ RUIZ, R.; *Los orígenes del republicanismo clásico. Patrios politeia y Res Pública*, Madrid, Dykinson, 2006.

años sesenta, al hilo de una relectura de la Historia de los Estados Unidos de Norteamérica. En el ámbito político, el republicanismo rescatado por los historiadores se presenta como una alternativa al liberalismo en una serie de aspectos en los que éste se considera insuficiente o incoherente. Por ejemplo, en la polémica con el comunitarismo, el republicanismo intenta compatibilizar la autonomía y la pertenencia⁵. De algún modo, el republicanismo es, en palabras de Ph. Pettit “una filosofía social a la vez antiolecionista y antiolecionista. Antiolecionista por el rechazo de la idea, según la cual los individuos son meros juguetes de fuerzas sociales agregadas, meros números en un juego de azar histórico, peones en marcha hacia un destino histórico. Antiolecionista, por insistir, empero, en que la noción de individuo solitario es ilusoria; las personas dependen de otras –a través de más de un nexo causal–, incluso para su misma capacidad de pensar; son, esencialmente, criaturas sociales”⁶.

En términos generales, se puede caracterizar el republicanismo, frente al liberalismo, como un conjunto de planteamientos que comparten los siguientes rasgos: la importancia de la virtud para el funcionamiento de las instituciones, la definición de la libertad jurídica como ‘no-dominación arbitraria’ y la defensa del bien común como algo distinto de la suma de intereses individuales.

Efectivamente, la virtud cívica ocupa un lugar muy importante en la tradición republicana y es uno de los elementos rescatados por el neo-republicanismo. El punto de encuentro lo constituye la antropología optimista que los ‘republicanos’ contraponen a la concepción liberal del ser humano como ‘egoísta racional’. Por un lado, el ser humano es social por naturaleza, con lo que la inserción en la colectividad política deja de ser un mal necesario; se puede decir, que el ciudadano complementa al individuo. Por otro, es posible contar con la amistad cívica –a la que alude G. Peces-Barba en el texto transcrito al inicio de estas páginas, como marco de las relaciones interpersonales– en la organización de las instituciones sociales. La solidaridad

⁵ BARRANCO AVILÉS, M.C.; “Notas sobre la libertad republicana y los derechos fundamentales como límites al poder”, *Derechos y Libertades*, nº 9, 2000, pp. 65-91, p. 90. Algunos autores se esfuerzan en mostrar la distancia que existe entre las reivindicaciones republicanas actuales y el republicanismo histórico. Ver, sobre este aspecto, RIVERO, A.; “Republicanismo y neo-republicanismo”, *Isegoría*, nº 33, 2005, pp. 5-17.

⁶ PETTIT, PH.; *Republicanismo. Una teoría de la libertad y el gobierno*, trad. T. Domènech, Paidós, Barcelona, 1999, p. 11.

pasa a ser un rasgo de la condición humana con el que es posible contar a la hora de organizar la convivencia colectiva.

En este contexto, la educación se convierte en un instrumento fundamental para la salud del sistema, pero también (y este aspecto se refuerza especialmente en el nuevo republicanismo) el Derecho y las instituciones, que deben estar dispuestos de forma tal que permitan asegurar el gobierno de las leyes a pesar de que éstas estén hechas por los hombres⁷.

Puesto que la convivencia con los otros es un presupuesto para el desarrollo individual, la libertad política en el contexto del republicanismo no puede concebirse como no-interferencia. El antónimo de la libertad no es la interferencia –inevitable y, en ocasiones, imprescindible–, sino la dependencia, la dominación o la esclavitud⁸. Este aspecto resulta fundamental para comprender la relación que los republicanos establecen entre libertad y Derecho. Precisamente, frente a la idea liberal (y, sorprendentemente, hobbesiana) del Derecho como límite a la libertad, en la república bien ordenada, el Derecho es condición para la libertad. La ley que organiza la convivencia es garantía para que en ésta no se produzcan situaciones de dominación que impidan que el ser humano devenga en ciudadano o ejerza su ciudadanía.

Por último, desde el momento en que la república bien ordenada se convierte en el requisito para el desarrollo del ser humano, existe la posibilidad de identificar un bien común que trasciende la suma de intereses individuales. Este presupuesto condiciona la comprensión de los procesos políticos. Ya no se trata de mecanismos a través de los cuales los intereses individuales compiten para conseguir ser asumidos como públicos, sino del ámbito en el que se produce la deliberación colectiva orientada a la mejor definición del bien común. Las instituciones esta-

⁷ OVEJERO, F.; “Modelos de democracia y economía de la virtud”, en RUBIO CARRACEDO, J.; ROSALES, J.M. y TOSCANO MÉNDEZ, M.; *Retos pendientes en ética y política*, Madrid, Trotta, 2002, pp. 107-122, p. 117, propone que las instituciones deben diseñarse sobre la base de dos principios: *principio de realismo de la virtud* (conforme al cual, “las instituciones han de diseñarse asumiendo que los individuos no procuran el interés público por sí mismo”) y *principio de posibilidad de la virtud* (conforme al cual “las instituciones han de diseñarse de modo que sean sensibles a las disposiciones cívicas de los individuos”). De este mismo autor, ver “Republicanismo, el lugar de la virtud”, *Isegoría*, n° 33, pp. 99-125.

⁸ SKINNER, Q.; “La libertad de las repúblicas: ¿Un tercer concepto de libertad?”, trad. A. Rivero, *Isegoría*, n° 33, 2005, 19-49; o, aunque con diferencias entre ellos, PETTIT, PH.; *Republicanismo...*, ob. cit., pp. 77-111.

rán bien diseñadas si establecen filtros que dejen fuera de la deliberación los intereses individuales corruptos ('no-virtuosos')⁹.

Con esta somera caracterización, en el apartado siguiente trataré de identificar algunos de los debates en los que los planteamientos republicanos intentan presentarse como una alternativa solvente.

1.2. El papel del republicanismo en el debate contemporáneo

En la introducción a su trabajo sobre *La tradición republicana*, Ramón Ruiz señala como "este interés por la revitalización del republicanismo y sus valores de participación política, virtud cívica y compromiso con los demás se ha afianzado principalmente entre aquellos que se muestran insatisfechos con una sociedad como la actual, cada vez más individualista y movida casi exclusivamente por el interés particular; en perjuicio del bien común y del sentimiento de comunidad y, consecuentemente, de la solidaridad"¹⁰. De nuevo, el párrafo del profesor Peces-Barba con el que encabezo este escrito es un ejemplo perfecto de que en este interés coincide el homenajeado.

⁹ En este sentido, señala HABERMAS, J.; *Facticidad y validez. Sobre el Derecho y el Estado democrático de Derecho en términos de teoría del discurso*, trad. M. Jiménez Redondo, Madrid, Trotta, 1998, pp. 342, "Conforme a la concepción "liberal", el proceso democrático cumple la tarea de programar el Estado en interés de la sociedad, entendiéndose por Estado el aparato de la administración pública, y por sociedad el sistema del tráfico de personas privadas y de su trabajo social, estructurado en términos de economía de mercado. La política (en el sentido de la formación de la voluntad política de los ciudadanos) tiene aquí la función de agavillar y hacer valer los intereses sociales privados frente a un aparato estatal que está especializado en el empleo administrativo del poder político para fines colectivos. Pero conforme a la concepción republicana, la política no se agota en tal función mediadora; antes es ingrediente esencial del proceso de "sociación" considerado en conjunto. La "política" se entiende como forma de reflexión de un contexto de vida ético, como el medio en el que los miembros de comunidades solidarias más o menos cuasinaturales se percatan de su mutua dependencia y, como ciudadanos, desarrollan y configuran con voluntad y conciencia las relaciones de reconocimiento recíproco, con las que se encuentran, convirtiéndolas en la asociación de miembros iguales y libres en que consiste la comunidad jurídica. Pero con ello, la arquitectura liberal del Estado y sociedad experimenta un importante cambio: junto a la instancia jerárquica de regulación que representa el poder jurisdiccional del Estado y junto a la instancia descentralizada de regulación que representa el mercado, es decir, junto al poder administrativo y al interés individual aparecen la *solidaridad* y la orientación por el bien común como una *tercera fuente* de integración social".

¹⁰ RUIZ RUIZ, R.; *La tradición republicana*, Madrid, Dykinson, 2006, p. 42.

Efectivamente, el punto de partida del republicanismo es el carácter político del ser humano. Esto implica que el desarrollo individual sólo puede ser alcanzarlo mediante la realización del hombre y de la mujer como ciudadanos, lo cual (y me remito de nuevo al párrafo reproducido al inicio) depende de cómo se organice la sociedad.

Frente al esquema liberal, que ha conseguido imponerse como marco de interpretación de la política, el republicanismo intenta recuperar el vínculo social. De este modo, algunos de los problemas a los que nos enfrentamos en el debate político contemporáneo pueden ser abordados desde una nueva perspectiva que se caracteriza, en primer lugar, por una nueva representación del titular de derechos. A ello acompaña la reconsideración de los términos en los que se establece la distinción entre lo público y lo privado, así como la atribución de un papel diferente a los derechos humanos.

Por otro lado, el republicanismo se ha presentado como plataforma para el patriotismo constitucional y para el cosmopolitismo cívico.

Por fin, los neo-republicanos hacen su propia lectura de la democracia deliberativa.

Comenzando por el primer aspecto. El llamado neo-republicanismo se construye, en buena medida, como crítica a la concepción del hombre abstracto que subyace al modelo político liberal. Frente a la representación del titular de derechos que se impone con las revoluciones burguesas, y que termina por coincidir con un ser concreto que es el hombre económicamente independiente, en perfecto estado de salud..., el republicanismo permite entender que la realización del ser humano sólo es posible en su interacción con otros seres humanos y por consideración a las circunstancias vitales en las que se desenvuelve. De este modo, tales circunstancias pasan a tener relevancia política y el titular ya no se concibe como 'hombre abstracto', sino como 'ser humano concreto y situado'.

Una de las primeras consecuencias de esta revisión, que no es únicamente republicana, pero que el republicanismo acoge, es que la separación tajante entre lo público y lo privado que acompaña a la tradición liberal pierde, al menos en parte, su sentido. Por un lado, porque desde la concepción republicana resulta legítima la intromisión de lo público en lo privado para evitar situaciones de dominación arbitraria –como las que se producen, por ejemplo, en el ámbito de la familia–. Por otro lado, porque determinadas circunstancias que desde el modelo liberal se consideran parte de la privacidad, pasan a considerarse relevantes en el ámbito público por cuanto con-

forman la subjetividad y condicionan el ejercicio de la ciudadanía —el papel atribuido a la educación puede resultar un buen ejemplo—.

Por otro lado, el republicanismo llevará a plantear una reorganización de la fundamentalidad de los derechos. A diferencia del modelo liberal, en el que los derechos más importantes son aquellos que se pueden construir como derechos barrera y que coinciden con los derechos individuales y una cierta lectura de los derechos civiles, el modelo republicano de derechos otorga una mayor importancia a los derechos a través de los cuáles se realiza la condición de la ciudadanía, es decir, a los derechos de participación política y a los derechos civiles tal y como esta concepción los articula¹¹.

También se ha hablado de republicanismo en relación con dos conceptos que han cobrado actualidad: el patriotismo constitucional y el cosmopolitismo cívico. El patriotismo constitucional sitúa el vínculo social en la lealtad a la Constitución, como marco que se conforma mediante la participación ciudadana. En el contexto español se presenta como elemento que permite mantener la unidad de las distintas nacionalidades¹²; quienes lo proponen, consideran que es el instrumento adecuado para mantener la unidad del Estado sin imposición de ninguna de ellas.

Los republicanos asumen también el cosmopolitismo cívico, que ha sido entendido de diversas maneras. Una buena interpretación republicana puede ser aquella que lo ve como “lealtad, racional y emotiva, a un proyecto de sociedad civil cosmopolita y, en definitiva, a una forma de comunidad política pluralista”¹³. Desde este punto de vista, y como alternativa a la idea de coto vedado, por un lado, y al relativismo cultural, por otro, el republicanismo justifica el establecimiento de un marco universal de convivencia entre identidades plurales, construido participativamente¹⁴. Si el patriotismo constitucional se presenta

¹¹ Ver, sobre la libertad de expresión, SUNSTEIN, C.R.; *Democracy and the Problem of Free Speech*, New York, The Free Press, 1993.

¹² ROSALES, J.M.; “Sobre la idea de patriotismo constitucional”, *Ciudadanía, nacionalismo y derechos humanos*, J. Rubio Carracedo, J.M. Rosales y M. Toscano Méndez (ed.), Trotta, Madrid, 2000, pp. 133-150, defiende el patriotismo frente al nacionalismo, como una lealtad racional y emotiva a la Constitución (escrita y vivida), entendida como fórmula de garantía de la libertad.

¹³ ROSALES, J.M.; “La educación de la identidad colectiva”, *Ciudadanía, nacionalismo y derechos humanos*, ob. cit., p. 132.

¹⁴ Tampoco el cosmopolitismo cívico es un concepto exclusivamente republicano. Puede verse una lectura distinta en FERNÁNDEZ, E.; *Dignidad humana y ciudadanía cosmopolita*, Madrid, Dykinson, 2001.

como respuesta a la fragmentación del Estado, el cosmopolitismo cívico pretende incorporarse a los procesos en los que pretende desvincularse la ciudadanía de la nacionalidad¹⁵.

En relación con la democracia, el republicanismo ha servido como plataforma para muchos de los que han pretendido una regeneración de los procesos políticos. Efectivamente, desde los esquemas del republicanismo, la salud de los procesos políticos democráticos se convierte en condición imprescindible para la 'República bien ordenada' y, por tanto, para la realización del ser humano en tanto que ciudadano. Desde este punto de vista, como se ha dicho, la política deja de verse como un mercado en el que compiten distintos intereses individuales y pasa a ser un foro de deliberación sobre la mejor definición del interés general. De algún modo, la concepción deliberativa se contrapone a una concepción pluralista de la democracia.

El profesor Peces-Barba toma parte en estos debates y lo hace, como tendré ocasión de mostrar a continuación, desde presupuestos próximos a lo que aquí se ha identificado con el republicanismo.

2. EL INDIVIDUO Y EL CIUDADANO

La concepción del ser humano en Gregorio Peces-Barba viene asociada a la idea de Dignidad. Por un lado, la dignidad es el atributo básico de la personalidad y, por otro, es el objetivo a conseguir mediante la organización de un sistema político y jurídico.

Así, señala, "cuando reflexionamos sobre la dignidad humana, referencia ética radical, y sobre el compromiso justo que corresponde a las sociedades bien ordenadas, no estamos describiendo una realidad sino un deber ser, en cuyo edificio la dignidad humana es un referente inicial, un punto de partida y también un horizonte final, un punto de llegada"¹⁶. La dignidad, pues, sirve como fundamento de las instituciones, pero también es la meta a la que 'el orden político y social' se orienta.

¹⁵ Ver también JULIOS CAMPUZANO, A. DE, "La ciudadanía global: apuntes sobre el desafío cosmopolita", *Crítica Jurídica*, nº 21, diciembre 2002, consultada en www.unibrasil.com.br/asite/publicacoes/critica/21/29 de mayo de 2007.

¹⁶ PECES-BARBA, G.; *La dignidad de la persona desde la Filosofía del Derecho*, Madrid, Dykinson, 2002, pp. 63 y 64.

En esta relación, el desarrollo de las potencialidades del ser humano sólo es posible a través de la organización política. Es esta la razón de que, como se ha dicho, la justificación de las instituciones, el interés que subyace al funcionamiento de éstas, no sea otro que la dignidad humana. De tal modo, el interés privado virtuoso y el interés público legítimo confluyen en la idea de dignidad, y en los valores que fundamenta: libertad, igualdad, seguridad y solidaridad –que en G. Peces-Barba constituyen la Ética pública de la Modernidad¹⁷.

En cuanto a los contenidos de la dignidad, es decir a los “rasgos esenciales de nuestra condición, que sólo poseemos los humanos”¹⁸, hace referencia Peces-Barba a la autonomía; pero también a la capacidad de construir conceptos generales y de razonar, a la reproducción de sentimientos, afectos y emociones a través de la creación artística, capacidad de diálogo y de comunicación y sociabilidad, estas últimas “de carácter más humanista y renacentista”¹⁹.

Interesa especialmente, para la lectura republicana de G. Peces-Barba aquí sugerida, que la autonomía es, además de libertad de elección, “libertad o independencia moral”²⁰. Sobre el papel que el autor atribuye a la libertad en relación con el Derecho, volveré en el siguiente apartado.

En cuanto a los siguientes rasgos, reflejan la opción de Peces-Barba por una concepción del ser humano que hoy se vincula con el Republicanismo. Efectivamente, de modo muy notable, la sociabilidad, como atributo básico de la personalidad, aleja su concepción del ser humano y de la política del esquema liberal basado en el *homo aeconomicus*²¹.

Por otro lado, el papel atribuido a la solidaridad como valor de la ética pública, contribuye a marcar esta lejanía. Así, afirma “solidaridad y fraternidad expresan valores contrarios a los de la economía clásica y en general, al pensamiento liberal individualista que vinculaba principalmente a los individuos a través del contrato y que tenía

¹⁷ PECES-BARBA, G.; *Ética, poder y Derecho. Reflexiones ante el fin de siglo*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1995.

¹⁸ PECES-BARBA, G.; *La dignidad de la persona...*, ob. cit., p. 66.

¹⁹ *Idem*, p. 65.

²⁰ *Idem*, p. 66.

²¹ Ver este contramodelo en “Escasez y solidaridad. Una reflexión desde los Clásicos”, en MARINO, F.; Y FERNÁNDEZ LIESA, C.; *El desarrollo y la cooperación internacional*, Universidad Carlos III de Madrid- Boletín Oficial del Estado, 1997, p. 19-33, pp. 25 y 26, donde cita como representantes a Adam Smith y a David Ricardo.

una idea del Derecho con dos funciones principales: garantizadora y represora. Por la primera, el Derecho creaba las condiciones para el desarrollo de la autonomía individual, y era fundamentalmente Derecho civil. Por la segunda, garantizaba esas reglas de juego a través de la aplicación de sanciones negativas o penas a los transgresores y era fundamentalmente Derecho penal”²².

El individuo, tal y como se lo representa Peces-Barba, está abocado a convertirse en ciudadano, porque sólo mediante su inserción en la organización política, puede conseguir la autonomía. En este proceso, la educación en la Ética pública desempeña un papel esencial: “en la formación recta de las conciencias, que es condición de la comprensión sobre el valor de la obediencia al Derecho en las sociedades bien ordenadas, la educación es un instrumento indispensable”²³. Se trata, a través de la educación, de “impulsar la libertad crítica, la independencia y la autonomía de todos para rechazar a gobernantes corruptos, autoritarios y falaces, y para desterrar la manipulación y la mentira en la vida pública”, de “formar ciudadanos libres e iguales en derechos”²⁴. Estas finalidades son, como veremos, compartidas también por el Derecho.

Por último, G. Peces-Barba, plantea la ciudadanía como un concepto expansivo, históricamente desvinculado del género y de la pobreza, y que está en camino de desvincularse de la nacionalidad. Sólo desde la deliberación de todos los afectados puede construirse adecuadamente la organización política y jurídica, por lo que estamos ante “una ocasión para la ampliación de la ciudadanía, con moderación y con juicio, a los emigrantes legales”, así como para la construcción del “ciudadano del mundo” que complete las dimensiones económicas de la globalización con “dimensiones humanas, sociales y políticas”²⁵. Si la dominación procede de instancias distintas del propio Estado, deben articularse los mecanismos adecuados como para que ésta no sea arbitraria; y la ciudadanía se presenta, en este sentido, como una buena respuesta.

²² En “Humanitarismo y solidaridad como valores de una sociedad avanzada”, *Derecho y Derechos fundamentales*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1993. pp 119-175, p. 168.

²³ “La incorporación del Derecho y de los derechos en la educación”, en RIBOTTA, S. (ED.), *Educación en derechos humanos: la asignatura pendiente*, Madrid, Dykinson, 2006, pp. 25-44, p. 26.

²⁴ *Idem*, p. 29.

²⁵ “Perfil del ciudadano”, *El País*, 21-10-2006.

3. LA LIBERTAD A TRAVÉS DEL DERECHO

En el ámbito de las instituciones sociales, políticas y jurídicas, la dignidad reclama, en primer lugar, la articulación de la libertad. Libertad que, en este contexto, es también social, política y jurídica.

El esquema de G. Peces-Barba arranca de la libertad psicológica, libertad de elección o 'libertad natural', como un dato antropológico y sitúa la libertad autonomía o libertad moral como el objetivo de las instituciones (en este sentido, existe una coincidencia entre libertad y dignidad). La organización social y política debe realizarse de modo que cada ser humano, en ejercicio de su libertad de elección, pueda optar por modelos distintos de realización personal, que le conduzcan a su libertad moral²⁶.

La importancia de la inserción del individuo en una organización política y jurídica deriva de esta necesidad de la libertad construida socialmente para el logro de la autonomía, de la independencia. Precisamente, "el gran objetivo de la modernidad es el protagonismo del hombre, de la persona, liberándole de los condicionamientos que le disminuían, centrándole en el mundo y convirtiéndole en el centro del mundo"²⁷

Desde el punto de vista del Derecho, la libertad se articula mediante derechos fundamentales y principios de organización²⁸ orientados a establecer condiciones adecuadas para la libre elección y ejecución de planes de vida individuales en condiciones de igualdad²⁹.

Por ello, la libertad protegida tiene una dimensión subjetiva –la libertad es un atributo del ciudadano–, pero también objetiva, desde la que aparece como un conjunto de instituciones, procedimientos y

²⁶ Encuentra una versión de esta relación entre tres conceptos de libertad en Maritain. Ver PECES-BARBA, G.; *Persona, sociedad, Estado*, ob. cit., 149-153, p. 153, "la libertad, en su dinamismo, pasa del campo de la psicología –libertad inicial– para llegar a su morada última que es el campo de la ética. La construcción del hombre como persona, la realización de su libertad final es lo que llamaríamos, siguiendo a Aranguren, la ética como estructura. Sin el conocimiento de la realidad del ser y de sus estructuras tendenciales, no cabe plenitud humana: la libertad en su dinámica ya señalada es esencial".

²⁷ *Ética, poder y Derecho*, ob. cit., p. 21. Y continúa, "a finales del siglo veinte, con un panorama de varios siglos se puede deducir ese diagnóstico central de la modernidad, como progresiva lucha por la autonomía y por la independencia moral del hombre, ser social, y consiguientemente necesitado de una determinada organización de la vida colectiva para alcanzar su realización integral".

²⁸ *Idem*, pp. 71-75.

²⁹ Habla, así, de 'libertad igualitaria', por ejemplo, en *Curso de derechos fundamentales*, Universidad Carlos III de Madrid-Boletín Oficial del Estado, 1995, p. 210.

normas que articulan, organizan y protegen la libertad. Estas dos vertientes de la libertad aparecen armonizadas jurídicamente, de forma que, determinadas manifestaciones de la libertad de elección pueden resultar ilegítimas si perjudican el sistema de libertad. Además, pueden surgir conflictos, en los que “parece que deben prevalecer aquellos derechos que más afecten o protejan al individuo y a su dignidad, que más contribuyan al modelo desarrollo de su personalidad, que tengan más extensión y aplicación a un número más amplio de personas, que satisfagan necesidades radicales... o que más vitalmente afecten al núcleo esencial de la sociedad democrática y a sus estructuras jurídicas, que son las únicas que sostienen un sistema de derechos fundamentales”³⁰.

Por otro lado, y es otro rasgo distintivo del modelo que estamos estudiando, la libertad se protege frente a todo tipo de poderes. En este sentido, la historia de la modernidad, es también la historia de tres liberaciones que hacen posible la independencia del ser humano: liberación económica, intelectual y política. Afirma G. Peces-Barba, “hablar de liberaciones es sinónimo de racionalización, de organización racional, superando las fés militantes, la autoridad basada en la fuerza o en una ideología o una ética, definidas autoritariamente. Racionalidad y humanización, las dos grandes bases de la modernidad se dirigirán a organizar una sociedad política, y un poder político al servicio del hombre. Las desviaciones de esas tres liberaciones en que se concreta la racionalidad, se convierten en patologías totalitarias, de sociedades cerradas, o de tiranía del mercado, y todas ellas dificultarán la humanización, la existencia de sujetos personales, autónomos, generalizados. Las desviaciones de la humanización se convierten igualmente en protagonistas individualistas, aislacionistas o anarquistas, que favorecen la mentalidad de sociedad privada, la insolidaridad y el egoísmo, y dificultan los procesos de racionalización que necesitan de la cooperación y de la participación”³¹.

En este orden de consideraciones, la liberación intelectual, supone reivindicar el papel de la razón frente a la autoridad de la Iglesia. La liberación política supone la articulación del Estado desde la democracia, el Estado de Derecho y los derechos fundamentales. Por último, la liberación económica, que, en un primer momento supone la separación de la economía del ámbito dependiente de la moral (y,

³⁰ *Idem*, p. 366.

³¹ *Ética, Poder y Derecho...*, ob. cit., p. 22.

por consiguiente, de la Teología), debería haber significado también situar la economía al servicio del individuo. Sin embargo, se manifiesta en ocasiones como “la creencia en una racionalidad económica espontánea, que es consecuencia de la oferta y de la demanda, donde el elemento humano y las reglas morales que expresarían una racionalidad diferente están postergadas. Expresa mucho más una racionalidad de las cosas que una racionalidad de las personas. Es la racionalidad del capitalismo”³².

Por otro lado, esa idea de que la liberación del ser humano debe realizarse frente a cualquier tipo de poder, lleva a que se justifique la idoneidad de los derechos como límites frente a poderes privados³³: “el creciente protagonismo de la sociedad civil, la actuación de colectivos corporativos como los colegios profesionales, como los profesionales de los medios de comunicación, las asociaciones de todo tipo que se agrupan en torno a intereses sectoriales, ha reorientado el centro de gravedad del poder y consiguientemente, de los peligros para los derechos humanos”.

Con todo, la libertad que inspira el funcionamiento de las instituciones es la ‘libertad jurídica’. Los argumentos que conducen a esta afirmación, podemos encontrarlos en sus reflexiones sobre la posibilidad de justificar a la libertad como ‘norma de clausura del sistema de derechos fundamentales’. Al hilo de esta polémica, afirma “la norma de clausura que se pretende, como criterio material para la unidad y la coherencia del subsistema de los derechos orienta a la teoría de la justicia a una dimensión excesivamente subjetivista e individualista, que llega incluso a una posible disolución, o a una reducción mínima del Derecho con la tesis del derecho general a la objeción de conciencia que puede entenderse como una juridificación de la desobediencia civil, lo que es lógicamente contradictorio y conduce al anarquismo jurídico”³⁴. Una vez más, las categorías del autor se alejan del liberalismo. Recordemos que la autonomía moral sólo puede alcanzarla el ser humano mediante su convivencia con otros seres humanos en un marco social, político y jurídico orientado a tal fin. La libertad que se persigue no es la libertad como-no interferencia,

³² *Idem*, ob. cit., p. 28.

³³ *Curso de Derechos fundamentales*, ob. cit., p. 625.

³⁴ *Idem*, pp. 360-370, p. 364. También en “Algunas reflexiones sobre la libertad ideológica y religiosa”, *Derecho y derechos fundamentales*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1993, pp. 395-410.

sino como independencia, y ésta exige mecanismos que frenen los arbitrios individuales para evitar situaciones de dominación arbitraria. No hay, pues, una contraposición entre el poder político y la libertad: una adecuada organización del poder político es una condición *sine qua non* de la libertad.

Como se desprende de los textos hasta aquí comentados, la libertad no es posible sin el Derecho. Afirma el autor “un desarrollo político auténticamente humano es impensable sin un papel protagonista del Derecho en su constitución. A lo largo de la Edad Moderna, y hasta nuestros días se ha ido manifestando, frente a otras corrientes, un fuerte movimiento de juridificación de lo político. La autonomía del gobernante, la arbitrariedad, han sido sustituidas, no sin gran esfuerzo y sacrificio, por la normatividad, por el Estado de Derecho”³⁵. Precisamente porque el Derecho se orienta al establecimiento de condiciones de libertad, se justifica una obligación moral de obediencia al producido por un poder legítimo, dado que “un sistema jurídico en una sociedad democrática está basado en el consenso, es decir, en un hecho fundante básico, un poder aceptado mayoritariamente y cuyos valores superiores, en la terminología política española, cuyas decisiones fundamentales se forman con la contribución posible de todos los ciudadanos, de manera directa o indirecta. Las normas jurídicas de ese sistema no son heterónomas, sino, en cierto sentido, autónomas, y la obediencia a las mismas es de alguna manera una obediencia presupuesta y consentida al participar en las grandes líneas de formación del sistema”³⁶.

4. EL PODER BIEN ORDENADO

El ideal de la república bien ordenada asume, en G. Peces-Barba, la forma de democracia. Se trata de un Estado que hace suyo el programa de la dignidad y en el que, conforme se ha anunciado, desaparece la contraposición entre los intereses públicos y privados legítimos, insisto, ambos se reflejan en la idea de dignidad humana. En democracia el poder político se convierte en el defensor de ambos. Es por ello que, desde la teoría de G. Peces-Barba, este Estado es un bien

³⁵ “El desarrollo político como desarrollo humano”, en *Libertad, poder y socialismo*, Madrid, Civitas, 1978, pp. 77-100, p. 95.

³⁶ “Desobediencia civil y objeción de conciencia”, *Derecho y Derechos Fundamentales*, ob. cit., p. 376.

(y no un mal necesario). Esto es posible porque se trata de una fórmula de organización política en la que el consenso sobre los valores de la dignidad es respaldado por la fuerza y traducido al Derecho.

Para que la democracia sea posible, es preciso, en primer lugar, el imperio de la ley, pero también el establecimiento de relaciones económicas justas y la implicación de los seres humanos en el proyecto común.

Además, en el contexto de una democracia, el foro de la deliberación, por excelencia, es el Parlamento. Desde este punto de vista, de nuevo muy en la línea del republicanismo contemporáneo, defiende la primacía de éste como legítimo representante de la soberanía popular, frente al Tribunal Constitucional. No existe en la teoría del profesor Peces-Barba, lugar para la contraposición entre los derechos y la democracia.

Como modelo utópico con el que contrastar España, propone el autor el de la España civil. Los pilares sobre los que este modelo se debe construir son, en primer lugar, los valores de libertad, igualdad, seguridad y solidaridad; dado que la "dialéctica de la igual libertad debe ser completada para alcanzar la ideología y las estructuras políticas y jurídicas de la España civil con otros ideales: promoción del bien común y del interés general sobre la base de la autonomía individual; sometimiento a la ley y al Derecho y no a la voluntad arbitraria de los gobernantes, desde una igualdad de todos y desde la participación de todos"³⁷.

Destaca, en este aspecto, la necesidad de tener en cuenta para el proyecto común a las personas procedentes de otros países y portadores de culturas diversas. El contraste de distintas tradiciones culturales socava las bases de la homogeneidad social y puede desencadenar situaciones de violencia. La respuesta a este problema, se ofrece, de nuevo, desde claves republicanas. Frente a la defensa de un coto vedado a que conduce el liberalismo, o a la guetización o disolución en la cultura dominante a la que lleva el comunitarismo, reclama: "hay que ser respetuoso con esas costumbres, expresión del pluralismo y del derecho humano a la cultura, y también de la idea democrática que es la organización de la comunicación y del diálogo y del referente del respeto al otro. El diálogo y la participación son la expresión política de una acción comunicativa de debate, de reflexión en común, de propuesta y de acuerdos y conviene acotar, con

³⁷ *La España civil*, Madrid, Círculo de Lectores, 2005, p.152.

los inmigrantes de culturas muy diferentes, cuál es el marco de referencia que hace posible ese diálogo, es decir, qué elementos de su cultura son incompatibles con los otros participantes”³⁸.

En segundo lugar, la España civil se basa en las instituciones y los procedimientos democráticos. Éstos constituyen el referente del patriotismo constitucional: “la patria común de la España civil no es la de la comunidad natural ni la de la historia ni la de los sentimientos comunes, sino la de las leyes, la soberanía popular y la ética pública democrática, la que la escuela pública debe transmitir, referente esencial de la nacionalidad y del patriotismo constitucional”³⁹.

Por último, la España civil no es posible sin la presencia de ciertas ‘virtudes’ de los ciudadanos, “de la sociedad de nuestro país, formada por todos aquellos que viven establemente en el territorio español”⁴⁰. Estas virtudes deben compensar la falta de altruismo, las carencias solidarias, las pretensiones excesivas, la inmoralidad económica, la falta de solidez en la obediencia al Derecho, la xenofobia y el racismo, la homofobia y la violencia en las relaciones privadas. Se trata, en definitiva de “el espíritu de sacrificio, el compromiso en la lucha contra la pobreza y la ignorancia, la colaboración en tareas solidarias, el pacifismo y el rechazo de la violencia, la generosidad y la cooperación ante catástrofes colectivas...la tolerancia y el respeto a la vida privada de los demás”⁴¹.

En definitiva, las claves de la España civil son las mismas que el republicanismo contemporáneo propone como respuesta a los problemas de las democracias actuales: una actuación en lo público al servicio del bien común, el reforzamiento de las instituciones como instrumento de la libertad y el desarrollo y fomento de las virtudes ciudadanas como presupuesto para el buen orden de la república.

³⁸ *Idem*, p. 157.

³⁹ *Idem*, p. 106.

⁴⁰ *Idem*, p. 173.

⁴¹ *Idem*, pp. 174 y 175.